

María José María

Ofelia

José

(Se encuentra Ofelia sentada en una silla. Mira la agenda y luego mira el reloj. Se da cuenta de que faltan algunos segundos. Se dispone a seguir esperando. Mira algo en la pared. Eso que mira le trae un recuerdo hermoso de la niñez. Lo transita por unos segundos. De golpe se acuerda. Vuelve a mirar. Se queda mirando esperando que pasen los últimos treinta segundos. No quiere desconcentrarse. El reloj marca las dieciséis horas. Se levanta en un solo movimiento, y va hacia la puerta).

Ofelia —(Lee el nombre en la agenda. Grita hacia afuera).

¡María José! (No contesta nadie. Insiste): ¡María José!

José —(Desde afuera. Sumiso y temeroso): ¿Será, José María?

Ofelia —Sí, María José, José María, es lo mismo... ¡Dale, pasá!

José —(Sorprendido): Permiso.

Ofelia —¿Vos tenías turno para hoy a las 16 horas?

José —Sí, sí.

Ofelia —¿Conmigo?

José —Sí. Me dio el turno hace una semana.

Ofelia —¿Y por qué mierda no contestaste, cuando dije María José?

José —No sé... Pensé que quizá me había confundido... y hoy no era el día que me tocaba.

Ofelia —Hoy te toca a vos, te guste o no te guste.

José —Está bien.

Ofelia —Ya arrancamos “como el orto”. ¡La puta que lo parió!
(Se sienta y anota en la agenda. Le muestra lo que dice en la agenda): ¿Qué dice acá?

José —Ya arrancamos como el... orto.

Ofelia —Exactamente.

José —Disculpe, fue sin querer.

Ofelia —(Sin prestarle atención): ¿Nunca se confundieron, y te dijeron “María José” por error?

José —Sí, mil veces.

Ofelia —¿Y qué sentís cuando eso sucede?

José —¿Qué siento?

Ofelia —Sí, que sentís. ¿Qué te pasa por dentro? ¿Qué sentimiento?

José —Eh... no sé... Me siento un poco... incómodo.

Ofelia —¿Por qué?

José —Y... porque... María José, es... nombre de mujer.

Ofelia —¿Y te molesta que te confundan con una mujer?

José —Y sí, imaginesé.

Ofelia —Vos acá no me pagás para que yo imagine por vos.
¿Estamos?

José —Sí... está bien. Lo que pasa es que todo esto... es nuevo para mí. Nunca antes había... tenido que ir al psicólogo.

Ofelia —(Descubriendo una palabra). Nunca habías “tenido” que venir, hasta que “tuviste” que venir. ¿No es así? (Mastica la palabra). Tenido... tenido... (Ríe).

José —Eh... sí... es así... (Le cuesta decirlo). ¿Podría sentarme?

Ofelia —Sí, claro. Sentate en el piso, si quieres. Las sillas me las está engrampando el carpintero.

José —Está bien. Me quedo parado.

Ofelia —No, parado no funciona. No funciona. De ningún modo.

José —Bueno, está bien. Me siento en el piso.

Ofelia —¡No! El piso es una mugre. ¿Cómo mierda te vas a sentar en el piso? ¡Te vas a ensuciar! (Como burla): Y así

vestido... (Se para). ¿De dónde sacaste ese pantalón? ¡Dios mío! Vení, sentate vos. Yo me quedo parada. Después cambiamos. Creo que así va a funcionar mejor.

José —No. ¿Cómo se va a quedar parada?

Ofelia —¿Qué te pasa? ¿Vos podés estar parado y yo no? ¿Te crees mejor que yo?

José —No. Es una cuestión de...caballerosidad.

Ofelia – ¡Qué lindo, el caballero! Te abre la puerta del auto, te corre la silla para que te sientes...te viste de blanco, te mete en una iglesia y después te tiene encerrada fregando hasta que te sangren las manos, hasta que te exploten las uñas. ¿No? ¡Hasta que te exploten!

José —No. Qué dolor.

Ofelia —Yo conocí muchos caballeros.

José —Pero no me refería a eso.

Ofelia —Si vos no te vas a sentar yo tampoco. (Le da una patada a la silla): Lo hacemos de parado. ¿Querés? ¿Le gusta de parado, al caballero?

José – Usted es la que sabe... Hagamos lo que... crea mejor.

Ofelia —Ahora la que sabe soy yo.... ¡Dios! (Se le ocurre una idea): Ya sé. (Sale. José no sabe qué hacer. Levanta la silla del piso y la acomoda. Vuelve a su lugar. Entra Ofelia). Acostate acá. (Tira un colchón al piso).

José —¿Me acuesto?

Ofelia —Sí. Va a ser mejor.

José —Bueno, me acuesto. (Se acuesta).

Ofelia —(Mirando la silla). Mira el caballero, cómo levantó la silla. Qué lindo. (Aplaude con sarcasmo). ¿Mamá te hizo caballero, no es así?

José —Sí. Se podría decir que sí.

Ofelia - ¿Qué habrá detrás de todo eso?

José —No entiendo.

Ofelia —Olvidate.

José —(Ya acostado). ¿Así está bien?

Ofelia —Si vos crees que está bien... (Se sienta). Bueno, empecemos. ¿Cuál es el problema que hizo que “tengas” que venir a mi consultorio?

José —Bueno... A ver... Hace un año que estoy saliendo con una chica...

Ofelia —Qué hermoso. ¿Cómo se llama?

José —Mirta.

Ofelia —¿Y qué pasa con esta chica? ¿No quiere lavar los platos cuando la apuntas con el revolver? ¿Eh?

José —No, no. A ver... Me da un poco de vergüenza en realidad.

Ofelia —Dale, lánzalo que se va a terminar la sesión, y cuando estés en tu casa, te vas a retorcer como un perro roñoso.

José —Ella quiere... quiere que hagamos... una cosa... que a mí no me parece.

Ofelia —Algo sexual.

José —Sí.

Ofelia —Dejame adivinar. (Va arriesgando): ¿Te quiere atar al inodoro y llenarte el upite de pastillas de menta?

José —(Horrorizado). No, no.

Ofelia —Quiere darte sexo oral, mientras estás atado mirando videos de Sergio Denis.

José —No, tampoco. ¿Sergio Denis?

Ofelia —¿Y entonces? ¿Qué es lo que quiere esa chica que tanto te aqueja?

José —Quiere que me... disfrace de mujer.

Ofelia —Ajá. (No dice más nada, pero se queda haciendo muchos sonidos que denotan pensamiento).

José —¿No va a decir más nada?

Ofelia —Estoy pensando. ¿Qué te pensás? Respetá mis pensamientos. Esto es psicología, no es magia.

José —Bueno, disculpe.

Ofelia — (Lo hace callar. Sigue pensando) A ver... Si dijo esto... y después reaccionó frente a lo otro... si las cuentas no me dan mal: Sos cuarenta y siete por ciento homosexual

José —¿Cómo? No, no. Nada que ver.

Ofelia —Silencio.

José —Pero...

Ofelia —Contame de tu mamá.

José —¿Mi mamá?

Ofelia —Sí, dale, dale que ya lo tengo.

José —Mi mamá se llama Elena. Es una buena persona. Siempre me cuidó. Es una mujer muy hermosa... de buen vestir...

Ofelia —¿Cuántas veces te pusiste ropa de ella? ¿Seis, siete veces?

José —¿Qué? No, no. (Levantándose del colchón). Mire yo me voy a ir. Esto no me está gustando.

Ofelia — (A los gritos). ¿Decime cuantas veces te maquillaste como tu mamá?

José —¿Qué?

Ofelia —¡Decímelo, María José!

José —Soy José María.

Ofelia —Contame del rush, contame del rímel...

José —No, yo...

Ofelia — Decímelo, María María.

José — (Lo larga). Fue solamente los fines de semana...

Ofelia —¿Todos los fines de semana?

José —No, no. Sólo cuando mi mamá salía a comer.

Ofelia —¿Con tipos? ¿No? ¿Con esos tipos que no eran tu papá?

José —Sí. Con... tipos.

Ofelia —¿Y tu papá donde mierda encaja en todo esto?

José —Mi papá no sé quién es.

Ofelia —Acostate.

José —¿Otra vez?

Ofelia —Acostate, José.

José — (José se acuesta): Bueno.

Ofelia —Ya progresamos mucho. (Silencio) ¿Alguna vez probaron con Mirtita?

José —¿Qué cosa?

Ofelia —Lo de vestirme de mujer.

José —No, no. No puedo. Me da mucha vergüenza.

Ofelia — (Saca de la cartera una peluca): Tomá.

José —¿Qué es eso?

Ofelia —Ponetelá.

José —No, gracias. Quizá más adelante.

Ofelia —Probatelá, José. No me hagás obligarte.

José —No. Yo quiero ser hombre. En serio.

Ofelia —No vas a dejar de ser hombre por una peluca.

José — No, en serio. (Ofelia va y se la pone a la fuerza).

Ofelia —Ahora sí. Mirame. (No la mira) Mirame, María José. (José la mira). Sos hermosa. Sos una mujer hermosa, María José.

José —No quiero perder a Mirta.

Ofelia —No la vas a perder. Sólo sos cuarenta y siete por ciento homosexual, el otro cincuenta y tres por ciento es heterosexual.

José —¿Eso qué quiere decir?

Ofelia —Mira, si a Mirtita le gusta que te vistas de mujer, ella debe tener algo de tortona, de lesbianocha. Así que se van a complementar de lo más bien. Vestite de mujer y después me contás. Créeme que va a salir todo bien.

José —¿Está segura?

Ofelia —Segurísima. Yo nunca me equivoco. Si querés, mándamela a Mirtita, que le saco el porcentaje a ella.

José —Bueno, después le digo.

Ofelia —Ahora entiendo, porque cuando te llamé para que entraras, dije María José y no José María. Fue toda una revelación.

José —Parece... ¿no?

Ofelia —Ahora págame.

José —Sí, claro. ¿Cuánto es?

Ofelia —Trescientos pesos. (Poner monto acorde a la época).

José — (Que esperaba que sea un poco menos) ¿Trescientos?

Ofelia —Sí, trescientos. ¿Qué pasa? ¿Te parece mucho?

José —No, no sé. Nunca tuve idea cuanto podía llegar a salir.

Ofelia —¿Creés que no lo valgo?

José —No quise decir eso.

Ofelia —(Saca un revolver de la cartera): Dame los trescientos pesos, José María.

José —Sí, sí. (Abre la billetera y le da el dinero) Tome.

Ofelia —(Agarra el dinero). Ahora sí. Andate, ahora. Te espero la semana que viene a la misma hora.

José —¿La semana que viene, van a ser trescientos pesos más?

Ofelia —¿Vos querés ser feliz, o querés ser un pelotudo más?

José —Feliz, feliz...

Ofelia —(Mira el reloj). Andate que se acabó la sesión.

José —Está bien. (Le devuelve la peluca).

Ofelia —Quedatela. La primera sesión viene con una peluca de regalo.

José — (Extrañado. La guarda). Bueno, gracias.

Ofelia —(Vuelve a mirar el reloj. Se para) Te dije que te vayas, José María.

José —(Lo saca a empujones) Sí, sí. Hasta la semana que viene.

Ofelia —(Vuelve y se sienta en la silla. Y abre la agenda. Mira el reloj. Faltan unos minutos. Mira lo mismo que miró al principio. Y se pone a recordar nuevamente. Se queda

recorriendo el recuerdo feliz hasta que termina la escena.
Apagón)